

ción emocional de la política latinoamericana, que anunciaba el «hombre nuevo», pusieron a la sociología universitaria frente a difíciles y multifacéticos competidores. Si en 1957 la sociología universitaria había sido una opción confusa para quienes creían que se podía combinar en ella una profesión, una fuente de prestigio intelectual y un aporte al cambio político y social, al promediar los años 60 los senderos se bifurcaban y ya era más difícil fantasear que se podía jugar en varios tableros al mismo tiempo y ganar en todos.

Puede afirmarse que en este primer subperíodo de la sociología universitaria en la Argentina, la actividad se había conformado de un modo tal que su lógica de funcionamiento es inteligible empleando el concepto de *campo* como lo define Pierre Bourdieu<sup>3</sup>. Germani y sus colaboradores invirtieron intelectual y afectivamente en el desarrollo de la disciplina, fijaron las reglas del juego que daban el contorno a lo que era y no era la «sociología empírica» dejando fuera a los «ensayistas» e «ideólogos», definieron posiciones de reconocimiento y prestigio acordes con el modo en que consideraban legítima la práctica sociológica, con sus correspondientes premios y sanciones. En la medida en que los bienes simbólicos y materiales a distribuir eran escasos —como ocurre necesariamente en todo campo— surgieron conflictos por su apropiación entre actores que, en principio, no ponían en cuestión los aspectos básicos que permitían el mutuo reconocimiento en tanto participantes de una misma empresa. Si bien en los años de Germani predominó el modelo americano de plantear la existencia de «problemas sociales»<sup>4</sup>, la falta de interlocutores externos, públicos o privados, que pidieran los servicios de la sociología para resolver los problemas estudiados ponía de manifiesto una contradicción. ¿Cómo hacer una sociología de vocación práctica en una sociedad que no solicitaba sus productos o, peor aún, que desconfiaba de ellos? En esas condiciones, el deslizamiento hacia lo que Bramson caracteriza como el estilo europeo de pensar en términos del problema social y acordar centralidad a grandes actores colectivos era una alternativa. Además, la crisis del estructural-funcionalismo invitaba, a comienzos de los 60, a buscar otras perspectivas teóricas y, también por esa vía, el pensamiento sociológico elaborado en el viejo continente ganaba influencia en la Argentina. Germani no rechazaba la crítica al estructural-funcionalismo, orientación ante la que mantuvo una cierta ambigüedad; tampoco desconocía las teorías europeas ni era reacio a incorporar la colaboración de intelectuales de ese origen en la construcción de la sociología en la Argentina<sup>5</sup>, pero en tanto personaje central del campo en cuya creación había tenido un rol decisivo, era objetivable y percibido por los otros de una manera mucho más simplificada. Así, cuando al promediar la década del 60 se agotaba la primera etapa de la sociología uni-

<sup>3</sup> Sobre la definición del concepto de campo en Bourdieu, ver particularmente Bourdieu, Pierre: *Questions de sociologie*, Minuit, París, 1980, págs. 113-120, y *Leçon sur la leçon*, Minuit, París, 1982, págs. 46-47.

<sup>4</sup> Para un balance crítico de la producción del período de Germani, ver Verón, Eliseo: «Ideología y producción de conocimientos sociológicos en América Latina», en *Ciencias sociales: ideología y realidad nacional*, Rosalía Cortés (comp.), *Tiempo Contemporáneo*, Buenos Aires, 1970, págs. 167-202.

<sup>5</sup> Sobre las ideas de Germani, ver Horowitz, Irving Luis: «Modernización, anti-modernización y estructura social: reconsiderando a Gino Germani en el contexto actual», y Vitiello, Antonio: «La sociología de Gino Germani», en *Después de Germani*, Jorge R. Jorrot y Ruth Sautú (comp.), Paidós, Buenos Aires, 1992.

versitaria en el país, ya estaban delineados muchos de los ejes de la siguiente. En esa segunda etapa la búsqueda de los grandes agentes históricos del conflicto social central se convertiría en la preocupación dominante. Colocados los debates en un ámbito conceptual distinto al de la etapa precedente, creció la participación intelectual de los críticos internos de Germani, que habían compartido hasta entonces con tensiones su modo de hacer sociología, y el protagonismo de aquellos que utilizaban lo que Bourdieu denomina estrategias de subversión o de herejía, recurso habitual empleado por quienes quieren entrar en un campo cultural específico sin poseer el suficiente capital legítimo, según los patrones vigentes en el momento.

### La década de la politización: 1965-1974

En el curso de los años 60 la sociología se politizó en todos los países occidentales. Si se compara lo ocurrido en la Argentina con lo sucedido en países con mayor tradición en el desarrollo de la disciplina, surge que por su aún incipiente situación y por la ausencia de un sistema universitario sólido, capaz de operar como garante de los requisitos para hacer ciencia, el caso aquí analizado reveló características propias de la politización mucho más profundas y desestructurantes. El campo sociológico establecido en la etapa anterior tenía diluidas sus fronteras, hacia 1965, tanto por la acción de los discípulos de Germani, que manifestaban su insatisfacción con lo realizado, como por las iniciativas de quienes no creían en la sociología, pero detentaban una cierta capacidad de hacer pasar su palabra como autorizada para emitir opiniones al respecto. Unos y otros debilitaron la solidez de la práctica de la disciplina y la hicieron más vulnerable. Los críticos internos hubieran, probablemente, ayudado a la modernización y dinamización de la sociología, de no haber existido otras variables exteriores al campo que operaron desestructurándolo. La convulsión de América Latina se reflejaba en todas las ciencias sociales de la región, pero en especial en la sociología, con la llamada teoría de la dependencia, que politizaba todas las categorías de análisis y las colocaba en la lógica de la dominación a escala mundial, contribuyendo objetivamente a la pérdida del interés por el estudio de los procesos sociales específicos. El marxismo, que en los países europeos se convirtió en los años 60 en un estimulante interlocutor de la sociología, asumió en el caso argentino todos los rasgos de una caricatura antisociológica que, en nombre de la unidad de las ciencias sociales, buscaba la totalidad de lo social en la lectura, línea a línea y con vocación talmúdica, de *El Capital*, los *Manuscritos económico-filosóficos* o las bases de la dialéctica en las vulgatas escritas por Mao Tse Tung. En

1966 un nuevo golpe de Estado destituyó al presidente Illia y modificó el panorama político. Modernizadores en lo económico pero tradicionalistas en lo cultural, los militares creyeron conveniente someter a una depuración ideológica y política a las universidades y, en esa tarea, apuntaron sus controles contra la sociología y las demás ciencias sociales. Así, el ámbito institucional en el que se había desarrollado la disciplina quedó seriamente afectado. Al mismo tiempo, esto condujo a una mayor politización de los estudiantes de sociología, que consideraron la acción del gobierno militar presidido por el general Onganía contra las universidades como un acto de persecución que equiparaba su situación a las de las clases populares. La frontera entre la sociología y la política se hizo aún más etérea.

La politización de la sociología en la década 1965-1974 no supuso que no se siguiera produciendo en determinados ámbitos, menos afectados por el fenómeno, de manera similar a la del período anterior. Pero lo que tuvo de englobante el proceso evocado fue que corrió decididamente el centro de interés de la disciplina hacia el problema social, como diría Bramson, y convirtió en menos legítimas las estrategias de investigación orientadas a estudiar problemas sociales específicos. La microsociología perdió espacio frente a una macrosociología que se desinteresaba del manejo de los instrumentos clásicos para recoger información empírica sobre la dinámica de la sociedad, y prefería fundar sus argumentaciones en lo que en la época se denominaba la práctica teórica o en reflexiones más propias de la filosofía de la historia que de la sociología. El estudio de la clase obrera se convirtió en una obsesión bastante difundida. Vinculadas con ese tema venían las preguntas sobre el problema peronista que permitían discutir las tesis de Germani. La cuestión de la burguesía nacional y su eventual rol político recorrió *papers* y artículos en una polémica más o menos explícita con el partido comunista local. Con esos temas, la sociología podía ganar un público de lectores no especializados, más interesado en las tesis defendidas que en la calidad de las pruebas y demostraciones presentadas. Este estilo de desenvolvimiento de la disciplina invitaba a confrontaciones más parecidas a las de la política que a las propias de la ciencia. La fragmentación del campo sociológico fue una consecuencia inevitable, que perjudicó el nivel de producción del conjunto de quienes en él actuaban. A la diferencia entre micro y macrosociología se sumaron todas las rupturas surgidas de las afinidades, no ya políticas, sino partidarias. La profundización de esa tendencia a la pérdida de especificidad de la sociología pareció alcanzar su punto máximo cuando algunos estimaron legítimo buscar inspiración teórica en Lenin o en Perón. El segundo de esos inspiradores teóricos podía resultar más sorprendente que el primero, cuya inscripción en el marxismo lo hacía más previsible, y sus libros poblaban las bibliotecas

de ciencias sociales. La aparición de una corriente populista en la sociología fue, si se quiere, la venganza del objeto de análisis que revelaba el grado de desarticulación del campo. Sus cultores más exagerados propusieron interpretar la sociología desde el peronismo y no a éste desde aquella<sup>6</sup>.

Con el comienzo de los años 70, la política argentina se hizo violenta. Las más confusas ideas sobre el «compromiso» del científico social ganaron numerosos adeptos en la sociología<sup>7</sup>. La ciencia y, más aún, el lugar de la razón, se vieron fuertemente devaluados. La discusión y la producción científica parecieron perder todo interés para una nueva generación de estudiantes de sociología y de jóvenes sociólogos preocupados por los problemas inmediatos de la política. Para muchos de ellos la sociedad argentina se acercaba a momentos de cambios revolucionarios. Algunas sublevaciones populares provinciales o municipales eran vistas, desde la sociología más crítica de la situación imperante, como el signo de la aproximación del fin de una etapa histórica. En la época en que Germani había introducido la sociología, el optimismo con respecto al progreso y al rol de la *razón*, existentes en amplios sectores sociales, se había reflejado en la configuración de la disciplina. En la segunda mitad de los años 60, en un contexto más escéptico en cuanto al futuro de la *razón*, en la sociología se había instalado la confusión entre ciencia y política, pero, en virtud de una adhesión al principio de la división del trabajo, el intelectual politizado había seguido pregonando el valor de las «armas de la crítica». Con los tempranos 70, esta fórmula se invirtió de manera para nada metafórica. Como ocurría en ese tiempo en otros países de América Latina, muchos sociólogos argentinos críticos del orden social adhirieron a ideas simplificadas sobre el cambio social, dejando de lado todo el conocimiento que la disciplina había producido sobre el tema. Si bien este proceso de politización incluyó sólo a una parte de los sociólogos, su presencia era muy visible por el alto grado de descomposición en que se hallaba lo que había sido el campo sociológico. Además, no sólo se registraba una radicalización de las ideas en la sociología: algo similar ocurría en la literatura, las artes plásticas, el cine y el psicoanálisis. Esa transformación del campo cultural potenciaba el desarrollo y el reconocimiento públicos de las expresiones más politizadas en cada una de esas prácticas intelectuales específicas. La represión que desde mediados de 1974 desató el gobierno de Isabel Perón contra los sectores progresistas de la sociedad, tomó entre sus blancos a las diferentes expresiones culturales críticas del orden social. No sólo la sociología más politizada, sino también las formas más tradicionales de trabajo en la disciplina y en todas las ciencias sociales, así como la enseñanza universitaria, resultaron seriamente afectadas por las ideas oscuran-

<sup>6</sup> Parece interesante destacar que la hiperpolitización de signo populista constituyó un obstáculo en la Argentina para desarrollar en la sociología corrientes de tipo dependientista con fundamentación científica como existieron en otros países de América Latina.

<sup>7</sup> Para un análisis de la transformación de las ideas en el medio intelectual, ver Sigal, *Silvia*: Intelectuales y política en la década del 60, Puntosur, Buenos Aires, 1991.